

La Botella F.C. El salto a los 12

Daniel Baldi

loqueleg

Hacia meses que Jorge y Laura conversaban del mismo tema. El año anterior, La Botella había terminado sus actividades con la presencia de la niña en la cancha, sabiendo que ese partido, el último del campeonato, se convertiría al mismo tiempo en el último partido de la vida futbolística de ella, al menos en un equipo de varones.

Por eso, desde el mes de enero, padre e hija se abocaron a averiguar las diferentes posibilidades de que Laura pudiera seguir jugando, pero en un equipo femenino. Lo primero que se les ocurrió como parte del plan fue conquistar a las amigas de la niña; pero ninguna quiso saber nada con la idea de jugar al fútbol.

Como segunda alternativa, decidieron ir en busca de todas las niñas de la ciudad, tratando de entusiasmarlas con la innovadora propuesta de armar una categoría de baby fútbol femenino dentro de La Botella FC y así poder practicar este deporte tan lindo, mal asignado exclusivamente al sexo masculino.

Y de nuevo, tras hablar con más de veinte posibles interesadas de diferentes zonas, toda esa energía e ilusión del comienzo se estrellaron contra la difícil

realidad de que ninguna se animaba a romper con los severos cánones de la sociedad.

Algunas de ellas decían que les atraía el fútbol, otras manifestaban que les gustaba un poco, pero a la hora de intentar encarar un proyecto sólido en conjunto, con entrenamientos semanales y con partidos los fines de semana, ninguna se atrevía a hacerlo.

8 Al final, llegaron a la innegable y dolorosa conclusión de que, dentro de la ciudad de Colonia, por el momento sería imposible concretar el plan.

Por esta sencilla razón, tanto Jorge como su hija, resignados, ese día acababan de salir de una tienda deportiva en la que él, con cara de falsa felicidad, había dejado los artículos futboleros de lado, para comprarle una raqueta y un tubo lleno de pelotas, arguyendo que jugar al tenis sería algo espectacular.

Laura, quien venía cayendo en un abismo cada vez más hondo y doloroso, tomó los comentarios de su padre con el mismo desaliento con que lo había hecho al recibir la raqueta y las pelotas, preguntándose qué demonios haría ella, sin duda la niña más futbolera del mundo, vestida de blanco y entrando a una cancha de polvo de ladrillo, teniendo que pasar una diminuta pelotita por encima de una red divisoria. Atrás quedaba la adrenalina provocada por el desafío de eludir una marca o la alegría de gritar un gol.

“¡No!”, se decía, sin llegar a encontrar una salida convincente, “no, no y no. ¡No puede ser!”.

Ya dentro del auto, el padre la miró y vio su pena reflejada en el rostro.

–Lauri, mi amor –le dijo, apagando el motor que acababa de encender–, yo sé que es difícil, así que no te voy a obligar a jugar al tenis, tan solo te voy a pedir que vayas y veas si te gusta.

A continuación le dirigió una mirada condescendiente.

–Y con respecto al fútbol... –continuó, mientras Laura se volvía hacia él con atención–, hemos movido cielo y tierra para que pudieras jugar y no lo hemos conseguido; pero te prometo que no nos vamos a entregar, así que hasta que no lo logremos, vas a poder entrenar con nosotros –aseguró con énfasis.

9

Oído esto, Laura cambió el semblante por otro mucho más alegre.

–Solo entrenar –advirtió él, señalándola con su dedo índice.

La niña se abrazó a él con fuerza.

Después, Jorge volvió a poner en marcha el vehículo, un tanto más aliviado. Mientras conducía, pensó que tan solo lo separaba una semana del inicio de los entrenamientos con La Botella, por lo que sería hora de reunirse con sus amigos fundadores del club para ultimar los detalles que faltaran.

10 De nuevo la playa Oreja de Negro se transformó en el lugar escogido por los gurises de La Botella para pasar el verano. Aunque variando su concurrencia –algunos siempre estaban y otros iban a veces–, ese espacio hacía dos años que se había convertido en el punto de encuentro de los integrantes de la categoría de once años del club. Este año pasaría a ser la de doce. Allí aprovechaban para armar partidos de fútbol en la arena y hablar de montón de cosas.

Esa tarde, a diferencia de las anteriores, lograron por primera vez en el verano contar con todos los jugadores de la categoría, hecho por demás sorprendente.

Al verse de nuevo las caras, el tema central de la jornada volvió a ser el del comienzo de los entrenamientos de fútbol de ese año.

En cuanto el Gordo arrojó la primera piedra, todos se miraron con los rostros iluminados por la ilusión.

–Yo todavía no puedo sacarme de la cabeza el partido contra Juventud del año pasado –señaló Pedro, quien ese día volvía a encontrarse con sus amigos luego de su veraneo en Punta del Este.

–Fue increíble –ratificó Mandarino–, bueno, como todo lo demás...

–Pensar que hace un año estábamos en Argentina –recordó Magú mirando al horizonte con nostalgia, sin poder creer que ya hubiera pasado tanto tiempo.

–Para mí –opinó el Flaco Santiago–, este año tenemos que tratar de salir campeones.

El silencio se apoderó del lugar como si lo que hubiera dicho fuera un pecado.

Al mirar a sus amigos y percibir el mutismo generado, el Flaco temió que hubiera dicho algo incorrecto.

–Es muy difícil –intervino finalmente el Enano, a quien luego de pasar un instante sumido en semejante pausa se le había erizado la piel.

–¡Es cierto! –exclamó el Pegajoso–, apenas llevamos dos triunfos en toda la historia.

Después de escuchar la idea de boca del Flaco, Matías se mantuvo ausente, estudiando detenidamente la propuesta y sus diferentes aristas. Finalmente habló:

–Es cierto –reconoció, y todos le dirigieron las miradas sabiendo que de él dependería gran parte de la ilusión–, pero el año pasado, cuando estuvimos unidos, nos volvimos invencibles –siguió pensativo–, así que no veo por qué esta vez no puede suceder lo mismo del comienzo.

Entusiasmados con la idea, los Melli se miraron y chocaron las palmas de sus manos en un gesto que denotaba salud y aprobación al mismo tiempo.

El Negro Ramiro, que seguía atentamente la conversación, se estremeció de solo pensarlo.

–No hay peor intento que aquel que no se hace –acotó, sin saber si estaba bien la frase, y todos se rieron de su tono solemne.

–Si estamos todos juntos, los doce –aclaró el Gordo con énfasis, tratando de convencerlos y de convencerse a sí mismo–, podemos lograrlo.

Fue ahí, luego de estas palabras y sus posteriores vítores, que Laura decidió entrar en la conversación:

–Gurises –manifestó en voz alta, haciendo callar a todos–, yo quería decirles que este año no voy a jugar con ustedes.

12 En ese momento, un silencio sepulcral volvió a caer sobre todos como un manto invisible. Por apenas unos minutos, cada uno de los presentes había acariciado con delicada ilusión la idea de llegar a ser campeones, pero ahora, con esta repentina noticia, volvían a la realidad.

Menos a Pedro, que ya la sabía, la decisión los tomó por sorpresa.

–¿Por qué? –preguntó Matías, quien ya se había enamorado de la idea de ir en busca del campeonato y no quería dejarla escapar por nada del mundo.

–Según mi padre –dijo Laura, tratando de sonar tranquila aunque por momentos le patinaba la voz–, las diferencias físicas entre ustedes y yo están siendo cada vez más notorias.

Agachando las cabezas al unísono, los muchachos se pusieron a analizar lo expresado por Laura, sin animarse a acotar nada en pro o en contra. Lo cierto era que cada vez que la niña ingresaba a los partidos, estos cambiaban a favor de La Botella debido a que resultaba una jugadora excepcional. Pero, aparte de todo, también estaba el grupo: hacía cuatro años que venían participando de La Botella todos unidos, y ahora, con su ausencia, indefectiblemente se verían afectados.

–¿Y no hay chance de que te quedes? –inquirió Pegajoso, suplicante.

–No –respondió Laura, tajante, tratando de que la historia llegara a su fin de una buena vez para que no siguiera lastimándola–. Durante este tiempo estuve averiguando día y noche para poder hacer fútbol femenino y fue imposible. Acá no existe.

–¿Y ahora? –indagó Mandarinino.

–Nada –contestó la niña–, voy a ir a entrenar con ustedes pero no voy a jugar.

Todavía con el semblante arrugado y rehusándose a darlo todo por perdido, el Gordo intentó aliviar los ánimos.

–Lauri –la llamó con voz penetrante y dulce al mismo tiempo, como tan solo él podía hacerlo–, yo te diría que esperarás, y que mientras tanto entrenaras con nosotros sin hacerte demasiada mala sangre.

Laura sonrió, en un claro gesto de agradecimiento.

–Pero ahora –continuó el Gordo–, ya que estamos todos juntos, aprovechemos a jugar al fútbol sin pensar en el campeonato ni en el tema de Laura, ¿puede ser?

Todos estuvieron de acuerdo y rápidamente se dispusieron a armar una canchita en la arena, donde permanecieron jugando hasta el atardecer, aunque estuvieran lejos de sentirse felices.

Cuando retornaban a sus respectivas casas, mientras la tarde caía por el horizonte con el sol convertido en una bola rojiza y ellos pedaleaban en sus bicicletas, Laura le pidió a Pedro que la acompañase porque quería mostrarle la raqueta que le había comprado su padre.

No bien se despidieron del resto de sus compinches hasta el día siguiente, los dos amigos viraron en la misma dirección y se perdieron en la lejanía.